

## *Los encuentros y descubrimientos de El guardián escondido\**

---

Publicada en 1951 (y según algunos escrita a mediados de los cuarenta), *The Catcher in the Rye* es pionera en la aparición del adolescente como personaje autónomo y pensante, desgarrado existencialmente entre dos posibilidades: vivir el mundo de los adultos como éstos quieren que se viva o vivirlo al modo que él lo desea, pero al fin de cuentas es, por doquiera que se le vea, el mundo de los adultos: la brecha generacional cobra por entonces carta de naturalización en la vida cotidiana estadounidense. Es la postguerra, con todo lo que ello implica, y la literatura norteamericana ve irrumpir al continuador de una estirpe originada en *Huckleberry Finn* (al cumplirse cien años de publicada la obra de Twain, Norman Mailer decía que Huck era la síntesis de los gringos que se negaban a aceptar la tradición, era el ser moderno que arrancaba para continuar en cada uno de los *outsiders* que cíclicamente le marcarían el rostro a Estados Unidos). La magna inteligencia puritana que es la cultura gringa no tiene, entonces, otra opción que acoger en su seno a uno de sus hijos, producto de sí misma, de sus grandes errores, de su actuar bélico y moralino; pero aceptarlo no evita la diatriba. Holden Caulfield es una de las caras de la

moneda (el diferente) que tiene en Mc Carthy su contraparte. Siempre bifásica, esa inteligencia puritana es capaz de albergarlos a ambos: uno como perseguido y otro como perseguidor.

Aunque todas las generaciones piensan que el mundo heredado por los adultos es el peor de los mundos posibles, la generación de jóvenes que viven los cuarenta/cincuenta en Estados Unidos es la que (John Clellon Holmes *dixit*) tiene todos los argumentos para afirmarlo: desesperanza, miedo a la tercera guerra, la experiencia de la bomba, el anticomunismo convertido en antidiferencia, la pérdida de la confianza en las instituciones... Es la *beat generation* que vivirá esos años y será trasladada a la literatura por Kerouac, Ginsberg, Burroughs, Snyder, Corso, Ferlinghetti, es el “negro-blanco” de que habla Mailer. Y de tal contexto y tiempo emergen, por ejemplo, Holden Caulfield y Dean Moriarty, como dos ramas de un mismo árbol o, mejor aún, como una rama que despunta en 1851 (año de publicación de *El guardián...*) y madura en 1857 (año de publicación de *On the Road*, aunque se dice que ésta fue escrita entre 1948 y 1949). En las dos obras, el lenguaje arremete y cobra presencia, rompe moldes y se manifiesta como apuesta estilística, sí, aunque también como elemento vital, a manera de contenido. Pero en el mundo de Caulfield esto es más violento, se manifiesta irreverente de suyo y por la inter-

---

\* J.D. Salinger, “El guardián escondido” (versión de Elizabeth Corral y Jorge Brash), en *Pie a tierra (Gaceta literaria de la Universidad Veracruzana)*, nos. 33, 34 y 35, sept-oct-nov del 2000.

pretación y el dimensionamiento que de él hacen los *squares*, los adultos, los que le entregan al personaje de Salinger un mundo y un destino que no le son gratos, pero sí habitable y aceptable mediante ciertas argucias.

El periplo de Caulfield, más que un viaje al centro de la noche, es un tour al principio del placer y quizás por ello el personaje de Phoebe se revele como esencial para Holden: porque ésta es la sinceridad, la transparencia, la crítica, el *no me callo aunque no te guste*, el umbral para el *back to the roots*, para el viaje a la semilla, la verdad de la niñez frente a la mentira adulta, el desconfiar de todos aquellos que tengan más de treinta años (aunque te traten bien). Y el placer aparece como estrategia de vida, como lo efímero a lo que hay que aferrarse para mantenerlo eterno, para reproducir la existencia que se manifiesta en el lenguaje y en la manera en que se estructura el discurso. Así, Salinger construye un monólogo existencial a través del cual su personaje cobra rasgos de lo humano elemental, lo cual es un hallazgo literario: narra como hablamos en la vida diaria, con buen oído para reproducir los giros coloquiales, imbricando el tránsito de un tiempo y un espacio a otros, sin afectar la lógica que articula el corpus integral del texto. Aparentemente desordenada, el habla de Holden Caulfield es lo que lo define, lo que lo vuelve creíble a él y a su experiencia de un fin de semana, convertida ésta en toda una vida. Asimismo, la velocidad de la vida moderna se manifiesta en el rápido y súbito pasar de una escena a otra, de los personajes disímbolos que atraviesan el andar diario de Caulfield y van definiendo la

puesta en escena de una vida neoyorquina (en “la única metrópoli del mundo que surgió de los bajos fondos”, según Jerome Charyn) posterior al que ejerció Melville (originario de Manhattan) y preliminar a la que documentarían Lou Reed o *Interview* o Paul Auster, cercana a la descrita por John Cheever en las páginas de *The New Yorker* pero desde otro ángulo: desde el de un perdedor/perdido en el asfalto que lleva a efecto actos de provocación frente a quien se encuentre, que camina en el lado salvaje de sí mismo, descubriendo y descubriéndose en un acto iniciático como adolescente realmente existente, como *ser*, como el *sí mismo* que filtra y le otorga sentido a toda relación con el entorno y sus habitantes.

*El guardián...* es parteaguas porque incorpora a Caulfield como una suerte de Fausto adolescente, y continuador de una amplia galería de antihéroes propios de la ficción literaria y cinematográfica norteamericanas (recordemos que el personaje de Goethe es uno de los primeros héroes de edad mediana que aparecen en la literatura), el cual se debate entre la normalidad que la sociedad le propone (seguir los pasos de, por ejemplo, su hermano D. B., exitoso, funcional para el sistema imperante y gratificado por éste) y la anormalidad que lo coloca en los terrenos de lo excéntrico (fuera del centro). Más aún: inserta en el debate de su tiempo las demandas de expresión juvenil (las de la “rebeldía sin causa”) como importantes y trascendentes, las que se irían incubando para estallar diez años después en las calles y campus universitarios de Washington, Ohio, Berkeley... sin causa aparente para los telescopios

del *establishment*, que buscaba lejos lo que estaba en su propio seno, lo que genética y estructuralmente provenía del fondo mismo del *american way of life* y sus prácticas. Caulfield es un hijo del sistema que intenta autosalvarse, que busca inconscientemente minarlo y contribuye a ello (como afirma Manuel Castells refiriéndose a los movimientos y actores sociales irreverentes y radicales) aun siendo derrotado.

### *El guardián... de Corral y Brash*

Si verdad es que en el origen del mundo reinaba el caos, también lo es que en la traducción primaria de *El guardián...* en nuestro idioma el pecado originario del “hispanocentrismo” hizo poco por una obra seminal, sin la cual no es posible concebir algunos autores y corrientes literarias: los primeros trabajos de Gustavo Sáinz, José Agustín y Jesús Luis Benítez (los correspondientes al tránsito sesenta/setenta); algunos personajes en la obra de Bret Easton Ellis y, en la estructura discursiva, la obra de los minimalistas gringos; ciertos personajes de Rodrigo Fresán, en Argentina... Por otro lado, los lectores que no podían leer la obra en inglés perdían aspectos esenciales de ella, al acercarse a traducciones fuera del contexto lingüístico nacional, independientemente de que el texto de Salinger fue entrando en “desuso” por nuevas generaciones a las cuales el optimismo

tecnológico pregonado por los artífices del neoliberalismo y la globalización les caló hondo, las mismas generaciones que, posiblemente, consideran el viaje de Caulfield por los espacios urbanos de bulto algo nada *cool* frente a la posibilidad de navegar en la realidad virtual de la sociedad red. De ahí que *El guardián...* de Beta Corral y Jorge Brash resulte una contribución que trasciende lo específicamente literario: su versión deviene acto de recirculación de un clásico que se ha venido añejando y emerge demasiado actual. La reescritura y puesta en orden (tanto en el lenguaje como en el contexto y los detalles) que de Salinger hacen los dos autores de esta versión, sólo puede despertar entusiasmo y agradecimiento. En mi caso, vayan por delante uno en el sentido de haberme llevado a releer un texto fundamental y vital y, otro, por haber mejorado al personaje y su entorno (“los mundos los hace la palabra”, dice Paz), haciéndonoslos más entrañables por cercanos. *El guardián escondido* (aclaro que me gusta más llamarlo *El guardián en el centeno* y que este título se justifica y pondera a lo largo de la versión que venimos comentando) sigue ahí, a la espera de sus lectores, y el trabajo de Corral y Brash da para mucho: merece análisis serios y más allá de este montón de apresuradas páginas que aquí terminan.

Arturo García-Niño